

Arturo Torres Ríoseco,
poeta y crítico literario,
es autor de una "Vida
de Rubén Darío", y
otras obras importantes.
Ahora vemos al distin-
guido escritor chileno
reconocer el indiscutible
liderato del Príncipe de
la Poesía Castellana al
llamarlo Padre Rubén
Darío, en el poema que
damos hoy a conocer a
nuestros lectores, y que
su autor envió especial-
mente para su publica-
ción en esta Revista.

Rubén Darío

Padre Rubén Darío, fuiste el siglo y la América,
el siglo XX, inquieto, vibrador y pagano,
y el continente fuerte como leyenda homérica,
tu lira tuvo el eco de un lamento troyano.
Y tuvo la frescura de un poema romano,
de una risa de Francia y una emoción ibérica,
conoció toda cuerda la presión de tu mano
de marqués, verleniana; opuesta a la numérica
concepción del ambiente; a la literatura
del profesor, del clásico, de la dueña y del cura;
y a lo que por entonces se llamaba bohemia.
Por esto Padre Nuestro se clavó en tí la zarpa,
la piedra de la honda rebotó sobre tu harpa.
Y te cerró sus puertas nuestra Santa Academia.

II

Fuiste una vela loca sobre un mar inerte,
fuiste de esos profetas de que habla la escritura,
voz de San Juan subiendo desde la cueva oscura,
palabra que decía de Belleza y de Muerte.
Tu lirismo moderno fué como un vino fuerte
que dejaba en los labios la exquisita dulzura
de las uvas de Chipre; sin hebraica cordura
lo vaciaste a raudales. Pero hoy sin comprenderte,
comentan tus caprichos, dicen de tu arrogancia,
y más de algún infame que fue tu esclavo en Francia
hoy en toda la América con tu nombre se sacia.
Otros, los más astutos por supuesto, al hablar
"del amigo Rubén" no dejan de exclamar:
tuvo un solo defecto: su odio a la democracia.

III

¿Esperaban, oh Padre Rubén Darío, acaso
que fueras con la ronda de amouantes troveros,
y que a los academicos como a los pordioseros
con un gesto plebeyo les brindaras tu vaso?
¿Que pusieras estribos de madera al pegaso
que iba por nuevas cumbres y nuevos derroteros?
¿Que con aduladores y con los rastacueros
compartieras el lujo de tu capa de raso?
¡Tu odio a la democracia! Es decir: repugnancia,
por la politica, el chovinismo y la ignorancia;
tu terror del pantano, tu amor por lo ideal!
Y esto en la gran América, tierra de los poetas
ignorantes y tiernos, de los analfabetas.
Tu pecado, Maestro, fue intercontinental.

IV

Constantemente fuiste con tus grandes pavores,
humilde monje blanco de las piernas de chivo,
tu vida fue una serie de largos estertores:
“Que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo”
Lírico Job, llagado, temeroso y esquivo,
visionario doliente de extrahumanos terrores,
caminaste entre espantos y entre hondos estupores,
“que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo”.
Llama de todo viento, juguete en la divina
corriente de la vida. Toda flor, toda espina,
fueron pan cotidiano de tu ser comprensivo.
Sócrates de mi siglo, un viento negro brama
contra lo que arde o brilla, lo que es fuego o es llama,
“que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo”.

V

Todo lo que se dice, o se idea o se fragua
en América, tiene su matiz provinciano,
y sin embargo brava se lanzó tu piragua
sobre el mar de la suerte cual trirreme romano.
Y era la barca de oro y era de oro el agua
y era un alba desnuda con un sol antillano,
se perdió en la distancia tu ardiente Nicaragua,
como mujer desnuda te atraía el arcano.
En un son de siringas se durmió la floresta,
las estrellas doraron tus pupilas de fiesta,
tú, sentiste en los hombros la inquietud de un plumón.
Pasó un cisne lejano; pasó una garza errante,
se oscureció tu rostro como el rostro del Dante,
Sagitario apuntaba contra tu corazón.

ARTURO TORRES RIOSECO